

YO HABLO CON DIOS

¿Conoces a muchos que puedan decir lo mismo?

Antonio Pérez Villahoz

C^e
COBEL EDICIONES

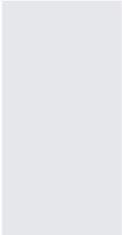
INDICE

Introducción	7
¡Señor, enséñanos a orar!.....	11
Jesucristo está vivo... ¿te lo crees?	17
¿Qué es eso de hacer oración?.....	23
¿Cómo se hace la oración?.....	29
Buenas razones para no hacer oración	35
La oración es fácil si estás enamorado	41
Los amigos son los que se cuentan los secretos .	47
La buena oración es la que me cambia	53
Jugar al escondite con Dios.....	59
La oración me aburre	65
Cuando el alma está cansada y el corazón frío...	71
El tema de tu oración es el tema de tu vida	77
¿Cómo habla Dios?	83
¿En qué calle vive Dios?	89
Los sueños de Dios en la oración	95
¿Oración sin conversión?	101
Los estados de ánimo y la oración.....	107
Lo que no da paz no es de Cristo	113
Sentir la necesidad de la oración.....	119
Sin oración llega el vacío	125
Si el protagonista es Él, entonces podrás.....	131
La tentación del abandono	137
La “oración-sofá”	143

Vida de oración y vida apostólica	149
La felicidad se alcanza siendo, al menos, dos	155
La Virgen, maestra de oración	161

ANEXO

Una posible manera de hacer oración.....	167
--	-----



INTRODUCCIÓN

“¡A mí, hacer la oración, me remonta!”. Oí esta frase a un joven de apenas 17 años. Un tipo que tiene muchísimos amigos porque es alegre, generoso, buen estudiante pero sin pasarse, disfrutón como nadie y al que le encanta el surf. Vamos, un tipo de lo más normal... ¿Y por qué alguien así hace oración cada día?, ¿por qué se empeña en sacar unos minutos para hablar con Dios de sus cosas o de lo que sea?..., ¿acaso tenía a un familiar enfermo o estaba desesperado por algo?, podría muy bien preguntarse un agnóstico de hoy... Pues eso mismo fue lo que le pregunté: ¿y tú por qué haces oración? Y la respuesta fue la siguiente: “Yo hago la oración todos los días no porque me apetezca (porque muchas veces no me apetece) y ni siquiera la hago porque me

venga estupendamente bien hacerla (¡que también!). Yo la hago porque la necesito”. Y en ese instante se calló. Era como si no tuviera ninguna sílaba más que añadir. Estaba todo dicho. Para él era algo obvio... para mí no tanto, por eso seguí insistiendo. ¿Y tú hablas con un Dios del que muchos afirman que no existe? “Sí”, me respondió. ¿Y Él te habla a ti?. “Por supuesto”, me dijo. Por un momento me temí estar dialogando con un iluminado, con uno de esos tipos que salen en las pelis con cara de locos y que afirman estar en contacto permanente con el más allá, así que decidí entrar con todo y le espeté: ¿Y cómo me puedes demostrar que tú, con cuatro días de vida, sin ser cura ni nada parecido, eres capaz de hablar y de escuchar a Dios?. Ahora la cara de perplejidad era la suya. Me miraba como pensando, ¡pero qué le pasa al hombre este!, pero enseguida se dibujó la sonrisa en su cara y me soltó: “Yo hablo con Dios y le escucho desde el corazón, le cuento mi día, mis penas y mis alegrías, lo que me va bien y lo que me va mal, y a veces me quedó mirándole al Sagrario y despertando a esa alma buena que todos llevamos dentro, y otras le cuento mis enfados y las cosas que me van mal, y a veces medio me cabreo con Él por temas que no entiendo. Y así es como he ido conociendo y tratando algo más a Dios, porque mi diferencia de vida de ahora y antes es que ahora tengo un poco de trato personal con Cristo. Él, para mí, es alguien real, al que le puedo hablar de cosas reales que me afectan. Y lo mismo Él conmigo. Yo

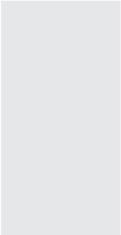
siento que me pide que cambie aquí o allá y me da buenos sentimientos y propósitos, y fuerzas para llevarlos a la práctica. Por eso a mí, hacer la oración, me remonta”.

Dejé de preguntar. Ahora era yo quien estaba perplejo. Sentía una envidia tremenda (espero que sana) por su modo de explicarme lo que no es tan fácil de explicar. Tenía delante a un amigo de Dios. Tenía delante a esa buena gente de la que Dios se sirve para desmontar todas las complicaciones interiores que nos montamos los rebuscados y los soberbios. Tenía delante a un alma sencilla, delicada, limpia y con un gran sentido de la amistad... también a lo divino. Tenía delante a una de esas personas que te hacen sentirte mejor solo estando un rato con ellas, con lo que llegué yo solito a la conclusión de que ser amigo de Dios era también algo bueno para mí.

Cuando pienso en este chico sigo viendo la mirada de un tipo de 17 años que me enseñó, tal vez sin saberlo, lo que era la suerte de poder hablar con Dios. Sus palabras, su convicción y su ejemplo era un libro abierto de qué y cómo hacer mejor los ratos de oración, los ratos de conversación personal con Jesucristo. Ojalá fuera yo la mitad de eficaz que este chico a la hora de querer explicártelo, pero, al menos, con la ayuda de Dios, lo voy a intentar. ¿Y sabes por qué? Porque sería una pena que dejarás de disfrutar de esta amistad a lo divino por no saber cómo hacer oración.

Así que ruégale, por favor, al cielo que te ayude. Son pocos los amigos que Dios tiene aquí abajo y tú, tal vez sin saberlo todavía, estás llamado a gozar de esa amistad.

¿Conoces a alguno que, en el fondo, no le gustaría experimentar qué es eso de poder hablar y escuchar a Dios?



¡SEÑOR, ENSÉÑANOS A ORAR!

No sé cuántas veces te habrás propuesto hacer con constancia un rato de oración cada día. Me imagino que decenas de veces, pero luego la vida te dice que te olvidas muy a menudo de este propósito: te puede la pereza, te asaltan las distracciones, casi nunca tienes tiempo y, al final, como casi todo, se acaba quedando en el cajón de los propósitos incumplidos... No te engañes, muchas veces has pensado que lograrlo es casi un imposible. Y el motivo no es solo por el esfuerzo que supone. La razón más honda, el obstáculo más insalvable, aquello que hace que ni tú te creas que alguna vez lograrás ser alma de oración es precisamente vivir convencido que es imposible hablar con Dios de tú a Tú.

Porque vamos a ver... analicemos que es esto de hacer oración. Cualquier definición sobre este vocablo lleva añadido, de un modo u otro, el concepto de que orar es hablar con Dios... O sea, que a ti te están diciendo que es bueno hablar cada día un rato con Dios, y tú, por eso de ser buena persona, pones cara de interés, y piensas: “¡claro, pues nada venga, voy a hacerlo!...” Y a mí lo que me choca es que no te pares dos segundos y te plantees: ¡pero aquí estamos todos locos o qué pasa!... y es que parece que eso de poder hablar con Dios es lo más normal del mundo. Y pienso que para muchos millones de personas que habitan el planeta Tierra, o que van a tu instituto o que compran el pan donde tú lo compras, si tú les dijeras que esa tarde has estado hablando con Dios, pondrían un careto de lo más inolvidable. Y si no me crees, haz la prueba por ti mismo... ¡Fliparás!

Por eso, lo primero es situarse, pensar en la burrada de llevar a la práctica aquello que nos están proponiendo. Porque o te crees que se puede hablar con Dios como se habla con un amigo, o querer hacer la oración es el acto más hipócrita del mundo. Y si de verdad te crees que se puede hablar con Dios, no hacerlo pasaría a ser el acto más estúpido posible. En esa encrucijada estamos todos aquellos que nos consideramos cristianos.

Así que vayamos de nuevo al meollo de la cues-

tión. Si tú y yo no hacemos la oración casi nunca, o cuando la hacemos es por un puro cumplir, es porque ni sabemos hacerla, ni nos creemos que ahí está realmente Dios, y menos nos creemos que se pueda hablar y escuchar a Dios de manera personal. O sea, hablando tú y Él... pero no en plan simulacro o en modo sugestión espiritualista, sino hablando y escuchándose como se hablan y se escuchan dos amigos que charlan en la terraza de un bar. Y mientras eso no te lo creas, mientras eso no lo experimentes por ti mismo, estar hablando de hacer la oración a diario es el mayor de los tormentos y una pérdida de tiempo para ambos.

Pensarás que arriesgo hablándote de esta manera, porque si lo que te digo no es verdad, si el hombre finito es incapaz de poder contactar con un Dios infinito, entonces nada de lo que te cuente en este libro tendrá el más mínimo interés.

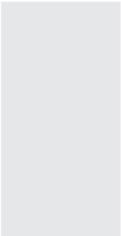
Pero no te preocupes por mí porque juego con las cartas marcadas. Si te hablo con tal seguridad no es porque haya descubierto una teoría infalible, o porque tenga experiencias místicas inigualables... es sencillamente porque el autor de la teoría de que el hombre puede comunicarse directamente con Dios es de un señor que se llama Jesucristo. Así que es a Él a quien le debes el inmenso don que te ha dado de poder hablar con Dios cara a cara, como se hablan los amigos y como se escuchan dos enamorados. Porque la

oración, amigo mío, es un don de Dios, un regalo del cielo para todo aquel que desea llevarlo a la práctica.

Me dirás que no es fácil, que pocos lo ejercitan, que son menos todavía los que se deciden a probarlo y muchísimos menos los que perseveran en el propósito. Y razón no te falta, pero en esto de la oración, la disyuntiva es otra: o tengo fe o no la tengo, o me pongo a tiro o me resguardo en mis miserias, o me lanzo a los brazos de ese Dios al que se le cae la baba por mí o me sigo diciendo a mí mismo esa letanía de lamentaciones de que yo es que no puedo, es que no sé, es que no valgo... porque aquí el importante es Dios, es Él quien nos da las soluciones, es Él quien se adelanta, quien toma la iniciativa, quien facilita lo que para ti y para mí es un imposible... poder mantener un diálogo sincero con Dios.

Cuando descubras que la oración verdadera es posible, entonces, verás que quieres hacerla, que deseas hacerla, que no puedes vivir sin hacerla... Y eso lo cambia todo. Es de Jesucristo de quien te has de fiar, no de un libro, o de una técnica, o de historietas varias que acabarán por agotarte... Hubo hace dos mil años un puñado de hombres que se plantearon lo mismo que tú en este instante. Ellos tenían la suerte de tener a Jesucristo físicamente delante. Eran los apóstoles. Por eso pudieron hacerle un ruego que miles de cristianos han repetido incansablemente: “¡Señor, en-

séñanos a orar!”... ¿Tú también serías capaz de pedírselo?, ¿tú tienes el mismo interés que ellos en dejarte enseñar, en dejarte llevar por ese Dios hacia caminos de verdadera oración? Porque para aprender a orar lo primero es dejarse enseñar. Y sobre ese tema, Jesucristo lo sabe todo... Ahora ya solo es cuestión de que tú le dejes. Verás que será algo de lo que jamás te vas a arrepentir.



JESUCRISTO ESTÁ VIVO... ¿TE LO CREES?

Aquí está el meollo de casi todo. Si verdaderamente eres capaz de decir en voz alta, sin tener por ello que sonrojarte, que Cristo vive, entonces hacer oración es relativamente sencillo. El problema es querer ser un alma que ora y no ser capaz de responder con sinceridad a la pregunta de si Cristo está vivo. Porque hacer oración delante de una caja metálica poniendo careto de interés pero con una fe muerta, resulta, cuanto menos, patético.

¿Por qué ese miedo a plantearme honradamente mi fe?... ¿por terror a descubrir que es débil, con excesivos tintes de postureo y casi cogida con alfileres? ¿Es el miedo a decirse en voz alta que llevo, tal vez, demasiado tiempo intentando

hablar con alguien en quien en realidad no creo, del que no sé casi nada... ni siquiera si está vivo o muerto?

La fe, es verdad, es un don de Dios... que crece o mengua según hagamos actos de fe o según vivamos como si no tuviéramos fe. Decir que soy creyente o no serlo, compromete. Y compromete mucho. Por eso, ahora, en plena juventud, es el momento idóneo para hacer tu fe más personal, más auténtica, más tuya. Es verdad que la vida real nos pone muchas veces en crisis, y que solo afrontar nuestros problemas, vencer nuestros miedos, curar las heridas del corazón y responder a las perplejidades con las que se topa nuestra inteligencia, son el camino que nos permitirá madurar como personas... y como creyentes.

La fe no es resolver un problema de física, o dar solución a un complejo algoritmo. La fe es la desnudez del alma que busca respuestas a los grandes y pequeños interrogantes de la vida (¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿por qué me pasa lo que me pasa?, ¿a dónde voy?, ¿quién es Dios para mí?, etc). La fe, muchas veces, se mama desde pequeño en el seno de una familia cristiana, pero al llegar la adolescencia se abren interrogantes que cuestionan las verdades en las que fundamento mi vida. Seguro que en algún momento te ha asaltado esta pregunta: ¿Y si todo esto del cristianismo es pura y sencillamente falso? Tener este tipo de pensamientos no es malo, es ló-

gico y humano. Total, Dios no va a existir o dejar de hacerlo por lo que tú y yo pensemos, pero eso no quita que para ti y para mí responder acertadamente o no será algo que marcará por entero nuestra existencia.

Preguntarse con honradez por cómo es nuestra fe, nos abrirá las compuertas de la duda, del sí pero no, del creo pero no del todo, del a veces sí y a veces no. Y eso también es algo tremendamente humano. Los santos nos han dado pruebas de que tenían una fe tan gorda que se podía cortar, pero muy posiblemente la tuya y la mía sea muy endeble y quebradiza... sea de esa fe que parece robusta cuando todo nos va de maravilla, pero que se vuelve oscura y casi nula cuando el sentimiento gira en contra o cuando la vida nos pega golpes. Así somos los hombres. Así somos muchas veces tú y yo. Y eso que la fe, precisamente, lo que pide es fiarse... Para tener fe, es preciso fiarse de la fe, tener fe en la fe.

Y ahora que queremos ser almas que aprendan a hacer oración, es clave que antes fortalezcamos nuestra fe, creamos en la fe que decimos tener. Si orar es hablar con Dios, entonces lo primero es creer que al orar puedo hablar con un Dios que es real y al que se le puede llegar a conocer y tratar, aunque sea con las innumerables limitaciones del hombre. Por eso, la pregunta es clave: ¿tú crees que Cristo vive, que es Dios y hombre verdadero? Porque si ese convencimiento es tuyo

(no de tu catequista o de la buena de tu abuela), entonces hacer oración es posible.

¿Y cómo creer más cuando se cree poco? Haciendo actos de fe, poniéndose delante de un Sagrario y diciéndole a Cristo lo mismo que ese personaje del Evangelio: “Creo, Señor, pero aumentame la fe”. No te agobies, ni te preocupes ni te ruborices cuando te veas con una fe débil. Lo preocupante sería quedarse ahí estancado, sin hacer nada. Cuando sientas que tienes una fe que vacila, entonces, díselo a Jesucristo. Dile que te falta fe, que muchas veces no crees en Él porque tus ojos no ven por culpa de tus miserias, de tus egoísmos, de tus sensualidades. Y pídele que te limpie, como limpió a ese leproso que, poniéndose de rodillas, le suplicaba: “Señor, si quieres puedes limpiarme”. Y escuchó ese consuelo divino de la boca de Cristo: “Quiero, queda limpio”.

Y en esa lucha andaremos tú y yo de continuo si queremos tener más fe, si deseamos creer más sinceramente en Jesucristo, si ambicionamos llegar a ser alma de vida interior. Y así no se nos caerá la cara de vergüenza cuando confesemos delante de un amigo que yo creo que Cristo vive, porque lo habré tratado en la oración y habré experimentado la cercanía de su presencia y la gozada de sus consuelos. Esa, y solo esa, es la única manera de confesar a Cristo: teniendo un trato personal con Él, de tú a Tú, de corazón a corazón, de alma que no miente ni se miente cuan-

do ha de responder a la pregunta de si creo que Cristo está vivo y se puede hablar con Él. Ojalá tengas la valentía de enfrentarte a tus miedos y a tus dudas. De esa pelea, si te pegas a Cristo, saldrás fortalecido. Pero de huir, de seguir haciendo el paripé, de vivir del postureo, del pasearte con una fe mortecina, solo acabarás harto de ti mismo y harto de escuchar consejos que te parecerán prefabricados. O aprendes a tratar a Cristo de tú a Tú, o Cristo se convertirá en una simple imagen de escayola. Y de eso, créeme, no hay quien se enamore.

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

FORMACIÓN CRISTIANA DE ADOLESCENTES

Yo hablo con Dios

¿Conoces a muchos que puedan decir lo mismo?

Que Dios te importe

Te encantaría estar enamorado de Jesucristo... ¡y lo sabes!

Soy amigo de Jesucristo (2ª edición)

La filiación divina se llama confianza

A Dios le importas (5ª edición)

Hazte ateo de ese Dios aburrido que tienes en la cabeza

Dios conoce tu vocación (3ª edición)

Un recorrido para saber lo que Dios quiere de ti, con la ayuda de San Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco

Formar bien es posible (2ª edición)

10 claves en la formación de un adolescente

Apaleado por la pereza (2ª edición)

Qué hacer cuando te carcome y te domina el maldito me apetece

¿Mi hijo para Dios? (2ª edición)

Algunas claves para entender por qué tu hijo desea entregar su vida a Dios

¡Estás hecho para amar! (3ª edición)

Cómo vivir la santa Pureza y no morir en el intento

Paso de ser egoísta (2ª edición)

Dios hace milagros en los corazones generosos